



Riego de Moine, I.: *El Sí a Dios en tiempos de poca fe*

Editorial E. Mounier Argentina, Córdoba,
2007, 124 págs.

Por Ana Cristina Pepe¹

“La experiencia de fe como diálogo de amor”

El Sí a Dios en tiempos de poca fe es el primer libro editado por Inés Riego de Moine en la Argentina, y se propone indagar en la experiencia más íntima y convocante, la experiencia de fe. “La opción entre el sí y el no a Dios se torna ineludible en algún momento de la vida personal, más allá de las condiciones culturales, sociales, económicas, psicológicas, etc”². Es un acontecimiento que se describe como una respuesta, única como la persona que está llamada a darla, pero no por ello aislada e irracional. Es más, la vida de toda persona es la encarnación de esa respuesta, de allí que los Sí a Dios son presentados como ‘razonables, comunicables y dialógicos’, según un desarrollo reflexivo-cordial que presenta el contenido de la fe y las respuestas personales -de aceptación o no- en íntima relación con las crisis actuales.

La ‘poca fe’, concepto que describe las características del tiempo presente bajo la lupa de un latinoamericano, el peruano Alberto Wagner de Reyna, resulta ser el disparador de sus reflexiones y le merece en el texto un desarrollo clave. ¿La poca fe es lo que signa el presente o nuestra existencia como creyentes en cualquier tiempo? ¿Por qué esta cuestión en tiempos de ‘poca fe’? ¿Por qué en tiempos donde el pluralismo se confunde con relativismo y tolerancia, y esta última con indiferencia e individualismo? Las preguntas y las respuestas posibles son desentrañadas desde lo comunitario, mucho más de

lo que parece a simple vista. La tríada razón, comunicación y diálogo se presenta como un movimiento que va de lo más íntimo y casi individual hacia lo comunitario, como recorriendo el camino del yo, al yo-tú, llegando al nosotros, al diálogo amoroso como culminación y meta. La dimensión dialógica incluida desde el título, en un potencial coloquio con Dios, se concreta en la persona que se ciñe al otro, al prójimo, como interlocutor necesario en el cotidiano habitar y recrear el mundo. Por ello el pasaje evangélico que liga al prójimo que ‘vemos’ al mismo tiempo que al Dios que ‘no vemos’ es el más apropiado para mostrar la horizontalidad y la verticalidad de esta compleja experiencia que acepta a un Dios que es en sí comunidad de personas.

El diálogo como culmen no es mera conversación, es el compartir naturaleza y destino, es involucrarse, es compromiso. Así lo expresa la autora desde sus interrogantes expresados en una reflexiva primera persona del plural: “¿sólo la afamada ‘tolerancia’ salvará los graves conflictos de convivencia que nos aquejan a nivel mundial?, ¿no será dicha tolerancia la careta arrogante del individualismo que no soporta la sana voluntad dialógica de confrontar ideas y creencias en pos de la verdad?, ¿no será que dejamos morir al ‘espíritu de verdad’ por miedo al compromiso que ata mi libertad por amor al otro, el mayor de los mandatos?, ¿no habremos de reemplazar la carta de la tolerancia por la carta del amor y la acogida del otro distinto de mí?”³

El sí a Dios es, entonces, también el sí al prójimo. Creer o no creer es la cuestión de este -nuestro- tiempo, pero el problema y la incoherencia que muchas veces se vive como creyente radica en no aceptar las dos caras de esta misma moneda que conlleva la experiencia de fe: la aceptación de la existencia de Dios, como padre y, la aceptación de la existencia de los otros, como hermanos. En lo conflictivo de estas relaciones se inscriben las teorías modernas, que se describen en la obra siguiendo al teólogo Hans Küng, quien le da la razón a Feuerbach, Marx y Freud cuando afirman que la religión ha sido con frecuencia proyección, opio e ilusión o regresión aunque, aclara, no es lo único que ha sido y mucho menos lo que está convocada a ser; por lo que, también la autora destaca que ha sido “un medio de iluminación general y de liberación social”⁴.

1 Licenciada en Filosofía. Miembro del Instituto Emmanuel Mounier de Argentina. (Ver más en nuestro link de Autores).

2 Riego de Moine, I.: *El Sí a Dios, en tiempos de poca fe*. Ed. E. Mounier Argentina, Córdoba 2007, p. 19.

3 Ibid., pp. 42-43.

4 Ibid., p. 23-24.

Ahora, ¿por qué tomar cartas en el asunto y dar razones para la fe en este tiempo transido de poca fe? Porque el desarrollo técnico que da forma al -nuestro- estilo de vida actual, por primera vez en la historia involucra la posibilidad de destrucción del ser humano y del planeta, y los planteos teóricos que nutren este proceso son los postulados nihilistas y ateos, explica la autora⁵. Y valen aquí aclaraciones, no se trata de un repudio al progreso, ni un desconocimiento de los beneficios que comportan las ciencias para el bienestar de la comunidad humana, se trata de un llamado a no olvidar que el hombre es mucho más que razón y cálculo, estrategias de dominio, o un número en las estadísticas económicas.

Los hombres han sobrevivido miles de años sostenidos por una amplia red de confianza, las diferentes religiones y teorías no han desenterrado el tesoro escondido en cada uno de los actos de fe que los han movido, "el estatuto de Dios para el hombre es, definitivamente, una cuestión de confianza", dice Inés Riego. "Aún admitiendo el agudo diagnóstico de Max Weber de un mundo desencantado, desmitologizado y secularizado tras el paso inmisericorde de la modernidad, ningún tribunal de la sospecha ha podido erradicar esta certeza fundamental que nos ampara: que cuanto menos, nos sostenemos en el umbral de la confianza mínima, aquella que nos permite creer ¡hasta en la mismísima razón! Olvidamos, entre tantas cosas, que los geniales griegos, creadores de la racionalidad occidental, también en su momento decidieron creer en el *logos* tanto como decidieron creer en el *mythos*. Razón y mito, dos modos de confianza en lo real"⁶.

Pero este Dios en el que confiamos es aun para los creyentes un *Deus absconditus*, como lo recuerdan sus afirmaciones, desde los profetas hasta el mismo Pascal. ¿Por qué? Primero porque quiere ser buscado, y luego, porque es en el corazón del hombre donde quiere ser encontrado. Así, las huellas de Dios pasan por el corazón de los hombres, y son visibles para quien lo busca e invisibles para los 'duros de corazón', por eso necesitamos muchas veces un 'corazón nuevo', o como Nicodemo, hacernos niños, nacer de nuevo... (Cfr. Mt. 18,3) ¿Por qué lo seguimos si sólo encontramos sus huellas, si sólo podemos afirmarlas pero no mostrar al Quien que las ha dejado? Sin lugar a dudas porque "hay voluntad de esperan-

za hay razones para ella". Creer que él es quien supera todas las teorías que se han dedicado a explicar el universo, creer que la nada y la sospecha no expresan la abundancia que dejan sus huellas, creer que cada existencia humana es trascendencia por acción de su gracia, creer que el dolor en todas sus formas no es el sinsentido último sino el verdadero aguijón que nos pone de cara a nuestra finitud y en estado de necesaria filialidad frente a quien es ante todo Padre... Cuán profunda sería nuestra sorpresa si ese nombre nuevo que promete a quien le busca con sincero corazón es sinónimo tanto de hijo como de hermano, las caras de este doble diálogo que comparten la mayoría de las religiones y que en todos los lenguajes reconocemos como el diálogo del Amor.

5 Cfr. Ibid., pp. 25-26.

6 Ibid., pp. 28-29.